

*Sobre tu nombre vivo, nombres muertos
dejaron para nadie la alegría.
En el sentido luz de la palabra,
qué tiniebla de páginas en blanco.*

Enrique Badosa

Himno y escena del poeta en las calles de La Habana

*La frontera andaluza está en La Habana.
Cuando un poeta andaluz aparece en el puerto,
las calles se alborotan, y en las macetas
de todos los balcones
florece de un golpe los geranios.*

*El marzo de aquel año tuvo dos primaveras para la ciudad:
una se llamaba, como siempre, Perfección de la Luz,
y la otra se llamaba Federico,
Federico a solas,
Federico solo, deslumbrado
por el duende de luz de la calle habanera.*

*No se sabe quién toca, pero repiquetean guitarras
sobre un fondo de maracas movidas suavemente.
El aire,
es tan increíble como la dulzura de los rostros,
y el cielo
es tan puro como el papel azul en que escribían los árabes
sus prodigiosos poemas.*

*El poeta sale de paseo. Confunde las calles
de la ciudad marina con plazas sevillanas,
con rincones de Cádiz, con patios cordobeses,
con el run-run musical que brota de las piedras de Granada.*

*No sabe en dónde está. ¿Fue aquí donde nació? Esa casa
con reja en la ventana, ¿no es mi casa de siempre?
Y esas muchachas que vienen hacia mí,
enjaretadas del brazo y bulliciosas como las mocitas de Granada
cuando pasean la tarde por las alamedas para que reluzca,
¿no son las mismas que en los jardines árabes
deletreaban con las palmas de sus manos el compás
a las guitarras, y la altura del chorro irisado a la fuente?*

*¿En dónde estoy? No acierto a distinguir una luz de otra luz,
ni un cielo de otro cielo. Hay duendecillos burlones
yendo y viniendo por los aires de La Habana, y me preguntan
con voces de embrujado: ¿pero es que no sabes
dónde estás, Federico, es que no sabes? Estás,
sencillamente, estás de visita en el Paraíso.*

*¡Y qué rica la brisa que ahora sopla
enfriando el reverbero del sol! ¡Qué alegre el airecillo
que sale del mar, y se pasea, con un abanico blanco
y una larga bata de olán, una bata andaluza refrescando las calles
y embalsamándolas a su paso con el aroma del agua de kananga
y con la reminiscencia tenue de los jazmineros sevillanos!*

*Resuenan himnos callejeros: síncopas nacidas del connubio
de una princesa del Benin con un caballerito de Jerez de la Frontera.
Resuenan en el alma del poeta enajenado por las calles habaneras,
himnos caídos del sol, cantados por espejos, por las piedras
de la ciudad antigua: himnos entonados a toda voz
por niños vendedores de frutas, acompañados
de guitarras tañidas por jóvenes etíopes con sombreros de jipijapa
y la camisa roja abierta hasta el ombligo: himnos alucinantes,
columpiados en la calle habanera por el percutir de pequeños bongoses,
arrastran al poeta hacia el Cielo Mayor de la Poesía.*

Escena

Junto al poeta pasa una niña negra que tararea:

«La hija de Don Juan Alba dicen que quiere metedse a monja».

*El le lleva el compás diciendo: «En el convento chiquito,
de la calle de la paloma». Y de las casas de vecindad,*

colmenas de los pobres,

*salen niños y más niños tarareando tonadas andaluzas. Y rodeando
en coro al poeta, bailan en medio de la calle: «¡Venga un tanguillo
pa este señor! ¡Zumba! ¡Dale que dale! ¡Venga un tanguillo en su honor!»
Y bailan con la música salida de sus pies y de sus manos, riéndose,
«¡Zumba que zumba y zumba! ¡Guasa, guasa Columbia! ¡Zumba!»,
riéndose siempre, como la cordillera de espumas en la orilla del mar.*

*¿Pero dónde, dónde estoy? ¿De dónde aprendió esta gente
a marcar ritmos así, a trenzar de ese modo las piernas, a mover
la cintura con la exactitud de una melodía escrita y cien veces
enmendada por Manuel de Falla? ¿Será que estos no son sino
andaluces disfrazados de niños de azabache,*

y nosotros

no somos sino esclavitos de ébano disfrazados de andaluces?

¿Qué misterio

es este de La Habana, que me parece otro Cádiz

*traído por el aire en la alfombra de Merlín,
o una muchacha granadina peinándose muerta de risa
mientras los derviches danzan a la luz de la luna?*

Alguien toca en el hombro al poeta y le dice:

—Venga usted conmigo pa que le echemo loj caracole.

· ¿Qué es eso, pregunta, leerme el porvenir?

— Exactamente, amigo,

leerle el porvenir. Veo miedo en sus ojos, pero recuerde:

nadie puede huir de su destino. Todo está escrito,

y ni Changó ni Yemayá pueden borrarlo. ¿Es que le tiene por un casual miedo a la muerte?

--Usted, doña Romelia, que es vidente, qué le dice la figura de este hombre?

(Romelia se ajusta su chal de burato; debajo destella la chambra de olan).

—Primero, yo veo una paloma pura; y detrás un caballo que huye al galope.

--¿Y detrás?

(Romelia, angustiada, se vuelve a su hija Fragancia y le dice:

Fragancia, mijita, sírvenos café).

--¿Y detrás?

*--Detrás de la paloma y del caballo hay un sombrero que se mueve,
y un perro que no deja de aullar, y un cuchillo que anda solo.*

—Y usted, doña Romelia, ¿querría echarle loj caracole a este hombre?

- ¡Dios me libre con Dios me favorezca! ¡El trisagio de Isaías! No:

no quiero ver lo que pueden decir loj caracole pa un hombre tan bueno.

¡Voy a taparme la cara con un pañuelito negro!

—Romelia, por tós loj santos, jinvoque a las potencias!

— Desde que entró en esta casa y descorrió la cortina,

vi el aché en su cara y la sombra que lo sigue.

¡Déjame darte un remedio pa alejarte del acecho,

pa que el ñeque no te alcance ni los demonios te puedan!

—Ponte un collar de azabache

y amárrate un cayajabo

en la muñeca derecha.

¡Toca, Argimiro, toca

el tambor de Yemayá!

¡Santígüenlo con la espuma

de la cerveza de Ochún!

¡Toca por él Argimiro,

toca hasta que se rompa

el tambor de Yemayá!

*El poeta, estremecido, miró a lo hondo los ojos de la vidente: el silencio
levantó entre ellos un coro de conjuros y oraciones. La vidente,
transfigurada, ardiendo de ternura, pidió su guitarra, la templó, y dijo:*

Ya me cantaban de niña
 un romance que decía:
 de noche le mataron
 al caballero,
 la gala de Medina,
 la flor de Olmedo.
 ¡De noche le mataron
 al caballero!

*¡Que venga a impedirlo Ochun
 con su espadita de acero!
 ¡Que San Benito de Nursia,
 negrito como el carbón
 ponga sobre ti su mano!*

*¡Con la flor de la albahaca,
 con el incienso quemado
 delante de Santa Bárbara,
 con un ramito de ruda,
 que los santos lucumíes
 te ofrezcan su protección!*

¡No te fies de la noche,
 que la noche es muy gitana,
 y al que le siguen de noche,
 muerto está por la mañana!

*¡Que se seque el tamarindo
 antes que pueda dañarte
 la pezuña del maligno!*

*¡Con rompe-saragüey
 y con amansa-guapo,
 con polvo de Carey
 y humo de tabaco,
 con el Iremon
 y San Pascual Bailón,
 con el manajú, y
 con el ponasí,
 cada luna llena
 rezaré por ti!*

*Federico, hijito mío,
 poeta mío, Federico,
 ¡no te vayas de la Habana!,
 ¡no te vayas, no te vayas!,
 ¡que al que le siguen de noche
 muerto está por la mañana,
 muerto está por la mañana!*